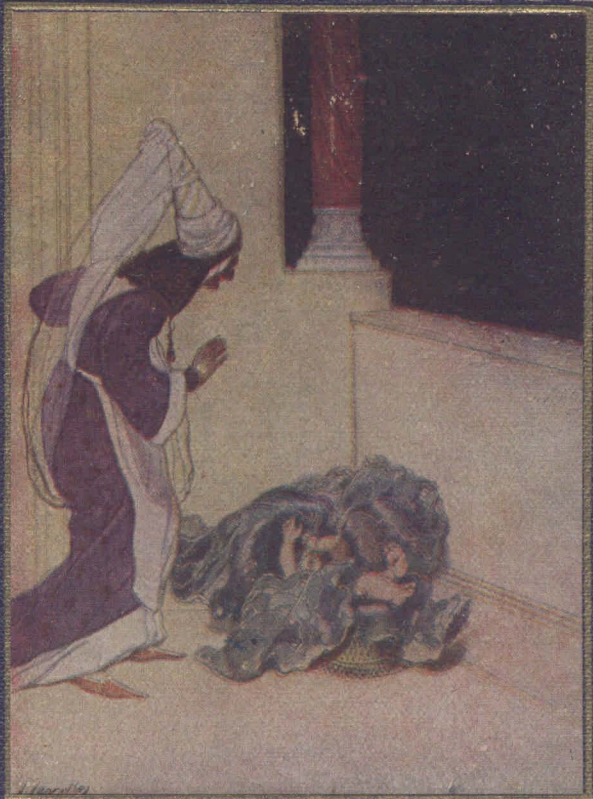


LA INFANCIA DE FRANCIA



COLECCION ARALUCE

COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes
Premiadas con altas recompensas
en las Exposiciones de Leipzig, Sevilla y Barcelona.

LA INFANTINA DE FRANCIA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

CUENTOS DEL ROMANCERO

LA INFANTINA DE FRANCIA

RELATADOS A LOS NIÑOS

POR

JOSÉ ESCOFET

CON ILUSTRACIONES DE

JOSÉ SEGRELLES

TERCERA EDICIÓN



CASA EDITORIAL ARALUCE

CALLE DE LAS CORTES, 392 BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CUENTOS DEL ROMANCERO

LA INFANTINA DE FRANCIA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

INDICE

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

Págs.

Prólogo	7
Los desdenes de una hermosa	11
El más apuesto doncel	17
Discurso de la palomica	25
El anillo encantado	31
El pastor y la princesa	37
Por un telar y una estofa	45
El veneno de las hadas	53
La infantina vencida	59
La doncella del lago	67
Un infántin y tres fugitivos	75
Los pobres caminantes	83
En camino de ser rey	91
Y la infantina fué reina	97

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

En la canastilla había un pequeño infante Frontis

Págs.

...dejaba malparadas las narices del Duque dando en ellas con las confituras	14
Toma este anillo encantado que puede hacer mara- villas	29
Tus paños me volverán joven y seré tan hermosa como la infantina	47
...bajó corriendo al jardín y se fué al encuentro de Gazul	61
La pobre Giralдина se había quedado consternada	72
...La dueña abrió el balcón y vió la canastilla ...	79
No me mires así, mi señor y dueño, que si lloro la muerte del príncipe	85
Señor, mirad lo que hacéis y arrepentíos de vues- tro atrevimiento	100

PRÓLOGO

En el ROMANCERO GENERAL, un libro que no pueden leer los niños porque no entenderían el castellano primitivo ni conviene a sus jóvenes inteligencias aprender el desenfadado y crudo lenguaje de los antiguos poetas populares; hay muchos cuentos maravillosos, moriscos, caballerescos, históricos, de amores, de guerras y de burlas, entre los cuales se cuenta LA INFANTINA DE FRANCIA, narración escrita en verso castellano del siglo XV, época a la cual pertenece el código de donde se tomó esta interesante novela.

El ROMANCERO es una obra maestra, pues contiene verdaderas joyas de la literatura castellana. La inmensa mayoría de los antiguos romances los compusieron poetas cuyos nombres no ha recogido la historia. Eran poetas ignorados, de escasa cultura, pero de mucho

ingenio, y hacían sus composiciones para que las recitaran los juglares, que iban de pueblo en pueblo, como los actuales titiriteros, haciendo juegos de manos, cantando coplas y enseñando a las gentes sencillas toda suerte de historietas, donaires y picardías.

La tradición conservó sus romances, que fueron más tarde cuidadosamente coleccionados, guardándose como un tesoro de poesía popular, en donde han buscado la inspiración muchos escritores modernos para escribir sus mejores obras. Y es que la poesía popular, por su sencillez y su gracia, es eternamente joven y encantadora.

LA INFANTINA DE FRANCIA, cuyo asunto ya le sirvió a Luis Alamanni, autor del siglo XVI, para componer una famosa novela, se cuenta entre los mejores de los viejos romances y es un lindo cuento de hadas, donde abundan los encantamientos y maravillas propios de las narraciones de origen oriental.

Nosotros hemos hecho de LA INFANTINA DE FRANCIA un cuento infantil, sirviendo todos los lances y peripecias que se refieren en el romance; pero de modo que su adaptación hecha en prosa sencilla, puedan leerla los niños

con facilidad y sin riesgo de tropezarse con las libertades de lenguaje que tanto abundan en los antiguos romances españoles. No gana con ello nada la novelita, sino que pierde mucho de su encanto primitivo y de su interés literario ; pero nuestros pequeños lectores de hoy recordarán, cuando sean mayores, esta lectura de su niñez, pudiendo entonces buscar en el ROMANCERO la historia de LA INFANTINA DE FRANCIA tal como la compuso, en deliciosos romances, el poeta popular.

J. E.

Glosa de Romances Castellanos del siglo XV

I

LOS DESDENES DE UNA HERMOSA

ERA una de las princesitas más lindas de aquel tiempo, y como su padre, rey de Francia, se contaba entre los monarcas más poderosos, llovíanle pretendientes a la infantina, que por cierto no demostraba tener gran prisa por casarse.

Debía sentirse orgullosa de su nacimiento y de su hermosura. De oro fué su cuna, de oro y pedrería, labrada por los más hábiles artífices de las Galias, y nunca se vieron más ricas sedas ni más finos encajes que aquellos destinados a servirle de abrigo en su cuna de princesa. Decíase que siete hadas la tuvieron en sus brazos cuando vino al mundo; las mismas hadas habían preparado la canastilla, tan llena de primores que ningún rey de la tierra podría alcanzarlos iguales para su hija preferida. Las siete hadas, en su retiro apacible del bos-

que donde moraban, un bosque encantado de lilares y naranjos, floridos todo el año, estuvieron dos lustros tejiendo con sus propios dedos los vestiditos de la infantina, cuyo nacimiento habían anunciado con su canto, diez primaveras seguidas, los ruiseñores.

Pero no todo habían de ser venturas, y aconteció que de aquellas siete hadas llegadas al palacio del rey de Francia para acoger en sus brazos a la recién nacida, seis eran blancas y una negra, y si aquéllas quisieron para la infantina todas las gracias y la hicieron linda, graciosa, sin par en hermosura, el hada negra, enemiga del rey, auguró el triste sino de la que dormía en cuna de oro y brillantes. Dijo que sería burlona y soberbia, añadiendo que a ningún hombre podría amar en el mundo si no fuera un villano capaz de dominar su mal carácter.

Y fué como dijo el hada negra. Creció la infanta y aumentaron sus encantos. Nadie conoció otra princesa tan hermosa; como ninguna, era esbelta y fina; no se vieron ojos a los suyos comparables, ojos azules donde se retrataba el cielo, y parecía amanecer la auro-
ra en el leve y luminoso arrebol de sus mej-

llas. Vestía con mucho donaire los paños más ricos de Oriente, calzaba zapatitos de terciopelo, guarnecidos de perlas, cubrían sus dedos las sortijas y destacaban sobre su cuello de cisne los corales. A los diez y ocho años, la mujer más hermosa de Francia era la hija del rey. Así es que su fama se extendió hasta otros reinos y los príncipes más apuestos y galanes no desearon mejor merced de las hadas que obtener la mano de la gentil francesa.

El rey de Francia, por su parte, consideró llegado el tiempo de dar marido a la heredera de la corona, pues que la infanta era hija única, y con grandes fiestas y boato se hizo público este deseo de todo el país y se organizaron grandes torneos para que los pretendientes se disputaran el honor de emparentar con el monarca. Sentíase éste ya viejo y achacoso y temía morir sin haber gozado la dicha de tener un nieto en sus brazos.

Por esta razón, a la famosa y gran ciudad de París, que se había engalanado con colgaduras y muchas banderas, acudieron los príncipes solteros de todo el mundo, cada uno con su cortejo de pajes y criados y con muchas

esperanzas de ser el preferido. Del lejano Oriente, de los brumosos países del Norte, de la inmensa Rusia, de la risueña España, de Italia, de Inglaterra, de todas partes vinieron los enamorados, y todos traían para la infantina ricos presentes, regalos que valían tanto como un reino.

Fué entonces cuando el pícaro carácter de la princesa, a quien llamaremos Girdaldina, aunque los viejos papeles de donde tomamos esta historia no dicen cuál fuera su nombre, comenzó a mostrarse desabrido y altanero; pero hasta tal punto, que el mismo rey llegó a preocuparse, recordando las predicciones del hada negra.

Girdaldina era huraña con todo el mundo y no podían soportarla ni los mismos criados de palacio. Iba un duque o marqués a ofrecerla un plato de confituras hechas por las monjitas más sabias en el arte de preparar golosinas: la princesa, lejos de agradecer la fineza, dejaba malparadas las narices del duque, dando en ellas con las confituras y el plato. Que se presentaba un galán con un ramo de flores: Girdaldina tiraba el ramo por la ventana y despedía al galán con un bufido. Cierta vez que



...dejaba malparadas las narices del Duque dando en ellas
con las confituras...

quiso agasajar a su hija el mismo rey, trayéndola al efecto las mejores frutas de los jardines reales, la infantina dió aquellas frutas a sus dueñas y no quiso ella probarlas, diciendo que no había en los jardines del palacio fruta digna de acercarse a su boca.

Al rey le apenaba mucho el mal carácter de la princesa, que se volvía por momentos más burlona y desagradecida. Ni cuidaba del homenaje de sus pretendientes, ni la importaban príncipes e infanzones, ni se interesaba en las fiestas que se hacían para agradarla ni tuvo una sonrisa cortés para nadie, así le pidieran merced de rodillas. Caballeros había que se vistieron sus armas más relucientes y empenacharon su yelmo con plumas llameantes, para ver de conquistar a la esquivia ; pero ella se burló de todos, dejándoles mohinos y desconsolados. Al pie de su ventana acudieron trovadores a cantar su hermosura en bellas coplas y romances ; mas Giraldina les correspondió ingratamente arrojando sobre sus cabezas copiosos jarros de agua, y se retiraron mustios los cantores, chorreantes, abatidos, llevando a rastras el laúd, mientras la luna parecía reírse de su desengaño.

Eran tan frecuentes los agravios que infería la infanta a sus galanes, que corrió por la ciudad la voz de que no se casaría la hija del rey, si un villano, un rústico campesino, un hijo del pueblo, no intentaba la difícil empresa de vencer su soberbia, tal como lo había predicho el hada negra y ello fué que en calles y plazas, en medio del bullicio de las fiestas, que ya se volvían tristes con el llanto de los príncipes desairados, se cantaba una copla cuyos ecos llegaron hasta palacio y preocuparon al rey profundamente.

La copla decía así:

«A ningún hombre ha de amar,
si no es aquel que, villano,
la supiera dominar».

Cuando esto oyó el viejo rey, que tenía un corazón bondadoso y amaba a su hija tiernamente, dejó correr de sus ojos largos hilos de lágrimas.

II

EL MAS APUESTO DONCEL

ENTRE los amadores de la infantina, uno había que se distinguía de los otros por ser el más apuesto, el más hermoso y caballero. Un doncel parecía, aunque ya mostrara su valor en los torneos; pero era joven y bello como un infantín de cuento de hadas. Era príncipe de Hungría, hijo del rey de aquella tierra, y llegó a París montando un brioso corcel de largas crines, negro como la noche y más veloz que el viento.

Por sus arreos y fastuoso atavío de Corte, causó el asombro de la muchedumbre, pues nunca se había visto en París príncipe tan magníficamente vestido, tan galán y rumboso. Su caballo llevaba herraduras de oro y arneses de seda bordados de plata. Entró el príncipe en la gran ciudad seguido de un largo cortejo de criados y arrojando monedas a los mendigos. La multitud le aclamaba y gritaban las mujeres:

—¡ Viva el príncipe moreno, rico como el oro y más brillante que el sol !

Porque ha de saberse que el apuesto doncel era morenito, de negra y ondulada cabellera, de ojos muy grandes y muy oscuros, pero también muy dulces y expresivos.

Pronto se hizo notar en los torneos, lidiando con los caballeros más esforzados y venciendoles a todos. Ninguno resistía a la fuerza de su brazo, y ya fuera rompiendo lanzas o empuñando la espada, siempre salió vencedor en la lid, y cuantos príncipes probaron con él su destreza tuvieron que rendirse y declararle el más diestro luchador del mundo.

Con todo esto la esquiva infantina comenzó a preocuparse, no porque se enamorara del hermoso y arrogante príncipe, sino porque no hallaba reparo que ponerle. Si era el más bravo, y el más noble y el más cabal pretendiente, ¿ cómo podría tomarle en broma ? La hija del rey no hallaba placer sino burlándose de aquellos que más querían agradarla. Pero el príncipe de Hungría, vencedor en los torneos, gentil en palacio, pulido en los decires y a la vez inspirado trovador, cuyos cantos iban derechos al corazón, era dechado de per-

fecciones y ningún motivo daba para que se hiciera burla de su persona.

La infantina lloraba de coraje, no sabía qué hacer ni qué decirle a su amador. Este danzaba admirablemente en los saraos de palacio, era con todas amable y con todos se mostraba ingenioso ; pero con humildad, sin hacer gala de sus talentos, siempre sonriente, modesto y comedido. Las damas de la Corte estaban encantadas de su trato y hacían de sus cualidades los más vivos elogios.

Y sucedió que Giraldina, retirada en sus habitaciones, se acongojaba cada día más, se mordía los labios hasta hacer brotar la sangre y daba pataditas en la alfombra, no sabiendo cómo desahogar su rabia y contener su desesperación. En estos apuros estaba cuando acudió su dueña a consolarla.

—Infantina, mi querida infantina—le dijo—. No desmayéis tan pronto, que ya sabremos tenderle al garzón una red para que caiga en culpa. No hav hombre, por muy perfecto que sea, que alguna vez no se descuide y cometa una imprudencia. Ese que tan bien habla. y tan bien danza, y tan bien lidia y tan lindas coplas canta, alguna vez será indiscre-

to, y entonces podréis tomar desquite, haciendo burla de su falta. Oídmeme, mi querida infantina, y seguid mi consejo. Es lo mejor que os mostréis amable con el príncipe y le invitéis a comer con vos, que por muy acostumbrado que esté a yantar en mesa de reyes y por mucha que sea su cortesía y gentileza, es seguro que incurrirá en algún descuido y os dará ocasión a que os burléis cuanto os viniera en gana.

A la infantina le pareció muy atinado el consejo de su dueña y no esperó más en enviar un paje al príncipe de Hungría con la comisión de invitarle en su nombre a comer en palacio. Para el príncipe fué esta invitación motivo de gran contento, pues supuso que Giralдина, abandonando su soberbia, se declaraba al fin enamorada. Así es que se vistió el príncipe sus mejores galas, adornó su sombrero con las más vistosas plumas, y con el corazón lleno de esperanza, se encaminó hacia el palacio del rey.

Iba sonriente y muy feliz, pensando ya en la alegría que le daría a su padre, el soberano de los húngaros, cuando le escribiera que la infantina de Francia, la más desdeñosa de las

princesas y también la más hermosa y gentil, le había preferido a él entre todos los príncipes de la tierra que se disputaron su mano.

Aunque muho esperaba el príncipe Gazul (no se ha probado que fuera este su verdadero nombre, pero tampoco hemos podido averiguar si se llamó de otra manera), aunque mucho esperaba de la bondad de Giralдина, hubo de sorprenderle la buena disposición de la infanta, que le recibió haciéndole mil zalemas y cortesías.

—Os invité a que vinierais—le dijo, muy mimosa, como gatita mansa que esconde las uñas—porque me place teneros a mi lado y deseo que me acompañéis en la mesa. Así tendré ocasión de trataros y estimar mejor vuestras bellas cualidades.

—El honor que me hacéis, princesa—contestó Gazul—no lo merezco. Tendré un verdadero placer en serviros y no deseo mayor fortuna que la de seros grato.

Se inclinó respetuosamente y besó la breve y blanca mano de la infantina, en cuyos lindos ojos de luz celeste brilló un chispazo como un relámpago. Después sonrió la niña al príncipe con hipócrita dulzura.

—Venid conmigo—le dijo—; he mandado que dispongan la mesa en mi saloncito de música. Comeremos solos, y mientras comamos, oiremos cantar los pájaros en el jardín.

Le acompañó a un pequeño salón muy blanco, muy lindo, con grandes ventanales abiertos al jardín y hasta donde subían la hiedra trepadora, las enredaderas de campánulas y los lilares de racimos floridos y perfumados. La mesa estaba adornada de flores. La vajilla era de oro fino. Por el ventanal entraban los trinos de los ruiseñores, únicos seres que lograron captarse la simpatía de la princesa.

Sentóse Gazul junto a Giralдина y comenzó la dueña a servirles los más sabrosos manjares. Y era de ver con qué buen arte e incomparable finura, iba el príncipe partiendo las viandas, trinchando las aves doraditas al fuego, escanciando el vino en las copas y repitiendo a la niña, con aire zalamero, lindas palabras de elogio y encarecimiento de su belleza. Giralдина celaba su despecho, como se esconde entre flores la serpiente para mejor lanzar su veneno sobre el enemigo descuidado. Así es que se mostraba muy complacida y miraba a Gazul con ojos muy tiernos y sonreía con zala-

mería, deseosa de coger al incauto infantín entre sus redes.

Y bien sucedió así, pues el príncipe turbado al fin por las miradas fingidamente amorosas de la taimada, por sus muchos arrumacos y cariñitos, se azoró un poco y no se dió cuenta de que se le habían pegado unos granos de arroz en la barbilla, al llevarse con cierto apresuramiento el tenedor a la boca. Y apenas vió Giralдина el poquillejo de arroz en la barbilla de Gazul, levantóse presta de su silla, dando gritos y llamando a sus dueñas y escuderos, que no tardaron en presentarse, creyendo que su infantina se había vuelto loca.

Si loca estaba era de alegría y por el placer de la venganza. El príncipe había incurrido en falta, no muy grave ciertamente, pero Giralдина no se paró en medir su importancia y alcance, sino que dijo a sus criados:

—¡Llevaos de aquí a ese villano, a ese juglar ruin, que no sabe comer en mesa de reyes ni puede tener sangre de señor. ¡Arrojadle de palacio! Que se vaya con los suyos, gentecilla de poco más o menos. ¡Pronto! ¡Llevalle donde no le vean mis ojos!

Y añadió, mientras los servidores se apode-

raban del asustado príncipe, que no sabía cómo responder a los insultos de la implacable infantina :

«—No viene de gran señor,
quien come como pastor».

III

DISCURSO DE LA PALOMICA

EL infortunado caballero salió de Palacio y de París clavando espuelas a su corcel, que se lanzó veloz a través del campo como una centella. ¡Pobre corazón herido! ¡Pobre príncipe de Hungría! Querelloso de verse escarnecido por aquella a quien tanto amaba, sintiendo que la sangre de la vergüenza le quemaba en la cara, experimentó deseos de estrellarse contra una peña y terminar de ese modo su desventura. El caballo corría, corría, corría, y el caballero continuaba apretando las espuelas en los ijares del noble bruto, que al fin, asfixiado por la atroz carrera, rodó por el suelo, jadeante y ya en las ansias de la muerte.

Se levantó el príncipe, sin cuidar del caballo ni mirarse el vestido. Se sentía agobiado por un baldón de infamia y su noble sangre se rebelaba y pedía venganza. Desesperado, frenético, no sabiendo cómo saciar su coraje al

verse injustamente humillado por una infantina coqueta, se quitó las armas y las arrojó fuera de sí, partió de un rodillazo su espada, aquella espada que le hizo vencedor en cien batallas, y se internó en un bosque, lamentándose del hado adverso que así le llevó a París, para hacerle sufrir la más humillante vergüenza y el más amargo desengaño.

En su furor iba parodiando las palabras de la princesa, que tenía clavadas en el corazón como si fueran espinas. A gritos decía :

«—No como noble señor ;
me he de vengar cual pastor».

Y el eco repitió estas palabras allá en lo profundo del bosque.

Pero ello no calmaba la furia del príncipe, que seguía desesperándose y arrastrándose por el suelo, sin notar que las zarzas y las breñas le desgarraban las carnes y que todo su cuerpo se iba cubriendo de sangre. Lloraba rabiosamente. Sólo por un momento dejó de llorar y lamentarse y es que había visto dos blancas palomas posarse en la rama de un laurel, y a poca distancia, acechando la ocasión de acometerlas, un fiero gavilán, que se escondía cauteloso para mejor asegurar su presa.

Gazul comprendió en seguida el peligro que corrían las palomas, y olvidándose de sus propias penas, pensó sólo en matar al gavi-lán. Se levantó prestamente del suelo donde yacía acongojado y cogiendo una piedra de lados tan cortantes que se clavaban como filo de hacha, la arrojó con fuerza y mucho tino contra el pajarraco, que cayó muerto, estremeciendo un instante sus alas.

Las palomas echaron luego a volar asustadas ; pero al laurel hicieron testigo del bien que recibieran de su generoso defensor, y aunque batieran sus alas, remontándose, hay fundadas razones para creer que guardaron gratitud a quien las había salvado de una muerte segura.

El hecho es que, al ponerse el sol y cuando la noche envolvió en su manto negro los árboles del bosque ; cuando el príncipe mustio, triste y fatigado, buscó refugio en una cueva, y allí se durmió sobre un lecho de hojas secas quien podía tenerlo de raso y plumas, parecióle que en sueños se le aparecía una de las dos palomas, convertida en hermosa doncella. La doncella era blanca como la nieve y sus cabellos eran rubios como el sol de las auroras.

Sus ojos, que estrellas parecían, daban una luz clarísima que iluminó la cueva igual que se aclarece el cielo al amanecer. Y sonriendo dulcemente, dijo la palomica, convertida en doncella, este discurso :

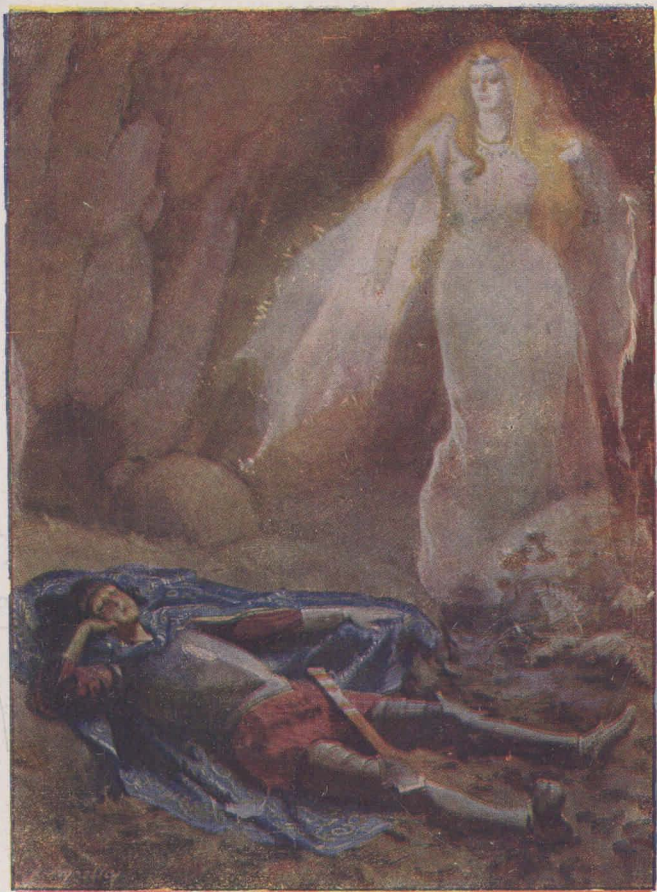
—Caballero, caballero,
el que me salvó la vida ;
despierta presto a las voces
de la blanca palomica.

Tú a mi dueño defendiste
contra el ave de rapiña,
contra aquel mal gavilán
que nuestro vuelo seguía.

Si amor y vida gozamos,
si conservamos la dicha,
es deuda que a pagar vengo,
a confortarte venía.

Para que curen tus males
yo te daré medicina,
y pronto estarás vengado
de la ingrata princesita,
que ha de pedirte tu amor,
humillada y de rodillas,
pagando haberte insultado
cuando tú más la querías.

Y llorará de no verte
la que de ti se escondía ;
del hierro con que te hiriera
ha de sentirse ella herida,



Toma este anillo encantado que puede hacer maravillas...

Toma este anillo encantado,
que puede hacer maravillas,
y cuanto le demandases
conseguirás en seguida.

Asombrado quedóse el príncipe, no dando crédito a lo que veían sus ojos. Verdad es que todo había sucedido como en sueños y que no bien hubo pronunciado la doncella sus últimas palabras, desapareció, y volvió a quedarse la cueva oscura, que ni verse las manos podía el cuitado. Salió, pues, en busca de luz para cerciorarse de que estaba despierto y no dormido.

Ya fuera de la cueva, el aire de la montaña dándole en el rostro, los rumores del bosque y unos poquitines de cielo estrellado que se veía por entre las copas de los árboles, le convencieron de que despierto estaba y con perfecto conocimiento de cuanto ocurría.

Miró entonces el anillo que apretaba en su mano, y al acercárselo a los ojos, en ellos dió sus reflejos el oro. No dudó va de la realidad de su sueño, pues que tenía una prueba tan segura, y poniéndose el anillo en el dedo meñique, sonrió feliz al considerar muy próxima su venganza.

¡ Ah, la infantina, la burlona infantina, que le insultó sin razón y sólo por mala voluntad !
¡ Bien se tomaría la revancha el despreciado príncipe de Hungría, ahora que tenía en su poder el anillo mágico !

Y así pensando, tomó Gazul el camino de París, donde estaban sus amores, y alegremente iba diciendo a la noche :

—«—No como noble señor ;
me he de vengar cual pastor».

IV

EL ANILLO ENCANTADO

CUANDO Gazul salió de París, lanzando su caballo a veloz carrera, iba tan preocupado por la afrenta que recibiera de la infantina, que no advirtió lo mucho que se alejaba de la ciudad ni cuidó de tomar rumbo. Sucedió por esto que ahora, teniendo que hacer a pie el camino de regreso, estuvo andando horas y horas a la ventura, y hasta que amaneció y pudo ver a lo lejos las torres y los tejados de la gran ciudad, le inquietaron serios temores de que se hubiere extraviado.

Otras dudas le asaltaban al aproximarse a París, ya con luz del sol, y eran que no sabía de qué modo iba a vengarse. Para meditarlo con más reposo y para descansar al mismo tiempo de la fatigosa marcha, se sentó en el tronco de un árbol caído, cerca de un huerto, y se llevó a la frente el anillo de la paloma para que le inspirara.

—Mi buen anillo de oro—decía el prínci-

pe—, aconséjame, dime lo que debo hacer para vengarme de la infantina que se burló de mi amor. Dime si es razón que castigue su soberbia o si debo perdonarla, como me lo pide el corazón ; pues todavía la quiero y siento que puede más el cariño que mis deseos de venganza.

En esta estaba, cuando llamaron su atención las cacareos de una gallina y un gallo, que retozaban sobre la verde hierba. El gallo, muy hueco y presumido, perseguía a la gallina, que no se dejaba alcanzar, corriendo de un lado para otro y burlando así la porfía cariñosa de su galán, el cual comenzó a dar señales de impacientarse. Todavía insistió el gallo en perseguir a la esquivia, cacareando ternezas : pero la gallina con ganas de burla, continuó corriendo y revoloteando con mucha coquetería. Tantas idas y venidas acabaron con la paciencia del gallo, que le dió a la gallina un picotazo, y después otro y otro, hasta que la puso más mansa que una oveja, ocurriendo entonces que era ella la que hacía al gallo tiernas demostraciones de buena voluntad y sumisión.

—¡ Ah, pícara ! — pensó el príncipe Ga-

zul—. Así sois todas las hembras, y cuanto más se os quiere y halaga, menos lo agradeceís. Mejor es trataros a picotazos, porque antes se os hace entender por las malas que por las buenas. Ya sé ahora lo que debo hacer para darle una lección a mi princesa.

Se levantó y dijo al anillo :

—Pronto, anillo de la paloma blanca ; por la virtud que tuvieres, convierte mis vestidos en ropilla de pastor y dame una rueca y un telar donde puedan tejerse los paños más ricos y asombrosos, paños de tal belleza y virtud que a las viejas vuelva mozas y a las feas haga hermosas.

No bien esto hubo dicho, se volvió pellico su cota de malla, y su espada fué una rueca y convirtiése su lanza en telar, todo en un abrir y cerrar de ojos, de suerte que nadie habría reconocido al príncipe guerrero en aquel pastor de burda zamarra ; pues hasta la cara se le trasformó y aquellas facciones que tanto cautivaron por su finura a las damas de la Corte, tomaron una expresión ruda, propia de los rabadanes a quienes curten la piel el sol y el aire de las montañas.

Cargó Gazul con su telar y su rueca. y muy

agradecido a la merced de su anillo mágico, se encaminó hacia los jardines del rey.

Pronto llegó a rozar los muros del palacio, y acercándose a la verja del jardín, llamó al jardinero y le dijo :

—Oye, buen jardinero, que cuidas de los jardines del rey ; yo soy un honrado pastorcillo que no tiene amo a quien servir. Dame trabajo, y prometo serte fiel, aunque no me pagues soldada. Abrevaré tu rebaño y cuidaré de tus flores, poniendo en ello todo el saber y toda la buena voluntad que pueden esperarse de un humilde pastorcillo. Regaré los prados todos los días y madrugaré más que el alba para que no tengas queja de mí. Dame trabajo, buen jardinero, que te juro has de verte servido mejor que puede estarlo tu mismo señor.

Tales promesas y el acento de sinceridad que tenía el zagal, conmovieron al jardinero, quien, por otra parte, ya estaba prevenido de la demanda que a su puerta haría un pastor de las trazas de Gazul. Ello es que contestó el buen hombre :

—Lo que me pides, muchacho, no podría negártelo aunque quisiera ; pues anoche se me presentó en sueños una paloma y me avisó de

lo que habías de pedirme. Así es que puedes entrar y quedarte a mi servicio, con tanto más motivo cuanto la paloma me auguró mala suerte, si no te aceptaba.

No quiso saber más Gazul, y corriendo se fué en busca del rebaño. En un rincón del aprisco guardó su telar y su rueca, y salió con las ovejas, no tanto para atender a su pastora como por reconocer el terreno y acercarse a las ventanas de la infantina.

Parecerá una arbitrariedad que el pastor apacentara sus ovejuelas en los mismos jardines de palacio. Ciertamente no es esta la costumbre, ya que mejor está la montaña para recreo y esparcimiento del ganado, según lo han entendido los pastores desde los tiempos más remotos ; pero sucede que los reyes tienen extraños caprichos, y bien pudo ocurrírsele al rey de Francia, tal como lo deja entender esta historia, que sus jardines serían más bonitos si en ellos se apacentaran muchas ovejitas blancas. Por esta razón pudo Gazul, disfrazado de pastor, acercarse a las ventanas de la infantina, y llevarse allí al día siguiente, su telar y su rueca, de modo que mientras el rebaño se esparcía buscando los brotes más tier-

nos de la hierba y abrevaba en los estanques surcados por blancos cisnes, Gazul se entretenía tejiendo lienzos maravillosos, tan sutiles y transparentes que parecían hechos con rayitos de sol y bordados de estrellas.

Tejía y cantaba el fingido pastor, al pie de las ventanas de la princesa, y la copla que cantaba decía de esta suerte :

«—Como el gallo a la gallina
fué a vencer
el hombre vence y domina
la mujer».

V

EL PASTOR Y LA PRINCESA

SABÍA Gazul que su cantar no pasaría inadvertido de una gentil personilla que le era muy cara. De modo que cuando más entretenido estaba, cantando y tejiendo, chirriaron los goznes de una puerta de palacio, abrióse el postigo y apareció una dueña cuyo rostro creyó recordar el fingido pastor, que espiaba de soslayo, disimuladamente, los pasos de la vieja. La cual se le fué acercando pasito a pasito, andando con cierta cautela y coquetería. Cuando ya estuvo junto a él, quedóse un buen rato contemplando el paño que tejía el pastor, hizo grandes aspavientos, denotando su asombro ante una tela de tanta maravilla, y dijo finalmente :

—Dime, pastorcico : ¿quién te enseñó a tejer tan ricos paños, que más parecen cosa del cielo que de la tierra?

—No me acuerdo—contestó Gazul, fingiendo indiferencia—; debieron ser mis padres.

Desde muy niño aprendí a tejer ; no sé quién me enseñó.

—¿Y para quién son esas galas, dignas de una reina?

—Para ti no serán, buena mujer, porque estás muy vieja y no eres una dama principal. De nada sirve que le hayas echado a la tela miraditas tiernas ; no es para ti, pues yo no te la daría nunca. Esta tela tiene una gran virtud, y por consiguiente, su valor es incalculable. Quien con ella se hiciera un vestido, si es vieja se volvería joven, y si es joven sería la más hermosa de las mujeres.

—Véndeme pronto tu paño, buen pastorcico—insistió la dueña, cuyos ojillos se encandilaban, reflejando el contento de su alma—; véndeme tu paño, que por él te daré todos mis ahorros.

—No puede ser, no puede ser, Señora—dijo el pastor, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Se lo venderé únicamente a una princesa de sangre real, para que sea más bonita que el sol. Tú no eres joven ni eres princesa ; no puedes esperar que te lo venda nunca.

Y volviéndole la espalda, siguió tejiendo y otra vez se puso a cantar :

«—Como el gallo a la gallina
fué a vencer
el hombre vence y domina
la mujer».

Visto por la dueña que nada conseguiría del pastor, por mucho que rogara y prometiera, echó a correr hacia el palacio.

—¡ Infantina ! ¡ La infantina !—iba gritando—. Venid, niña mía ; asomaos a la ventana, que hay aquí un pastor que teje los paños más preciosos del mundo. A las viejas hace mozas y a las mozas vuelve bonitas como estrellas. Salid, princesa, que eso no se ve todos los días.

Tales voces daba la dueña y tales espavientos hacía, que salió la infantina, vió al pastor que estaba trabajando en su telar y le dijo, después que hubo admirado su obra primorosa :

—Buenos días, villano ; Dios te guarde.

—El os proteja, niña hermosa — contestó Gazul.

—¿Quién te enseñó a tejer esa maravilla ? Obra de hadas parece.

—Y lo es, Señora mía, porque fueron siete hadas mis maestras. Viven allá lejos, encerra-

das en un castillo donde están trabajando día y noche, sin comer y sin dormir.

—Véndeme ese paño y ese telar, que he de darte por ellos todo el oro que pidas. Y si te pareciera poco el oro, te daré también todas las piedras preciosas de mi real tesoro que cojan en tus bolsillos.

Creyó la infantina que el pastor sería ambicioso, y de este modo, prometiéndole tesoros, esperaba hacerse dueña de aquel telar encantado y de aquellos lienzos que sin duda no los había semejantes en el mundo.

Pero no eran tesoros los que deseaba Gazul, y ocurrió, por consiguiente, que se hizo el sordo a las promesas; mas como insistiera la infantina, instigada por su dueña, que allí se estaba, esperando poder llevarse a palacio aquellas preciosidades, dijo el pastor:

—No os canséis, princesa, que yo no ambiciono vuestras joyas ni para nada necesito el dinero. No he de venderos mis telas ni mi telar, aunque me prometierais todo el oro que tiene el rey en sus arcas. Yo estoy muy contento de ser pastor y me bastan mi pellico y mi capote para guardarme del frío, igual que tengo manjares suficientes con la hogaza y el pe-

dazo de cecina que llevo en el zurrón. Con la compañía de mis ovejas y el aire puro del monte, soy feliz. El hombre más rico de la tierra es aquel que no codicia más de lo que tiene.

La infantina se puso pálida y parecía próxima a sufrir un desmayo. Estaba rabiosa. La dueña le acariciaba las crenchas de oro para sosegarla. El pastor preguntó:

—¿Os gustan mis paños y mi telar?

—Mucho—contestó la infantina.

—¿Y daríais cualquier cosa para obtenerlos?

—Todo.

—¿Fuese lo que fuese?

—Pide lo que quieras.

—Pues bien—continuó Gazul, rascándose detrás de una oreja—; no es mucho lo que quiero: dadme un abrazo.

Atrevidillo era el pastorcillo, y la princesa sintió vivos deseos de llamar a la guardia de palacio para que le prendiera, cargándole de cadenas. ¡Se ha visto mayor atrevimiento! Pedirle un abrazo a una princesa de sangre real... un rústico pastor que seguramente se acostaba en el pajar y tendría empapadas sus ropas del olor del aprisco. Un gañán, que sin duda comía con los dedos, se atrevía a pedirle un

abrazo a ella, la infantina de Francia, que despreció el amor de cien príncipes. La dueña, verdaderamente asustada por tamaña osadía, comenzó a persignarse y a decir con los ojos vueltos al cielo:

—¡ Señor, qué pastores! ¡ Deben creer que también son ovejas las princesas!

Por su parte Giralдина hecha una furia, apostrofó al pastor con las palabras más duras.

—¡ Quitaos de mi vista, villano, hombre grosero, gañán atrevido! ¡ Idos adonde yo no os vea con vuestro telar y vuestros paños, o haré que os cuelguen para escarmiento de pastores ambiciosos! ¡ Pronto! ¡ Marchaos, rufián, bellaco, miserable mendigo, y abandonad los jardines del rey si no queréis acabar en la horca vuestra vida ruin!

No tuvo más remedio Gazul que cargar su telar y su rueca, recoger su rebaño y marcharse en previsión de mayores males, pues la infantina echaba fuego por los ojos y parecía dispuesta a mandar lo que decía. Y como el príncipe de Hungría era prudente y calmoso, dejó para mejor ocasión insistir en sus pretensiones y se fué cantando:

Soberbia está la niña,
muy fiera y soberbia está;
pero yo tengo jurado
torcerle la voluntad.

Lo que ahora me negara,
si no falla aquel cantar
que me enseñaron las hadas,
mañana me lo dará.

VI

POR UN TELAR Y UNA ESTOFA

MÁS le valió a Gazul tener a las hadas de su parte que ser príncipe. Ya hemos visto que, como príncipe de Hungría, jamás logró conmovier el corazón de roca de la infantina ; pero ahora, pastor protegido por esos seres misteriosos que tanto saben de encantamientos y otras maravillas, había de cambiarse su suerte, como veremos más adelante.

Gazul no abandonó los jardines del rey a pesar del mandato de Giralдина. Primero se opuso el jardinero a que los abandonase, temeroso de que las hadas le hicieran pagar a él culpas ajenas ; después fué la misma dueña de la infanta, aquella mujeruca ambiciosilla, vieja verde y amiga de perifollos, quien rogó al pastor que se quedara. Fué a verle aquella misma noche y le encontró en la morada del jardinero. Iba la dueña tapada con un velo negro que le llegaba hasta los pies, y dijo a Gazul que descaba hablar aparte con él. Estaba

el pastor comiendo su plato de migas, junto con otros mozos, y al presentarse la dueña en la cocina, toda aquella gente puesta al servicio del rey, pero empleada en las más rudas labores, comenzó a embromar al pastorcico, suponiendo que una dama de palacio se había prendado de su gentil persona.

—¡ Buena suerte, rabadán !—le decían, tirándole a la cabeza sus cucharas de palo y algún mendrugo—. ¡ A ver si te casas con una señora principal y te hacen duque !

—¡ No hay tanto como tener lindos ojos y cantar bonitas coplas mientras triscan las ovejas !—murmuró un mozallón de mucha estatura, que parecía un gigante—. Ese es de los que saben vivir : hará fortuna. Es hermoso como una damisela.

—Y le protegen las hadas—dijo otro, ya viejo, que cuidaba de los perros del rey y tenía por esto cierta autoridad entre los demás criados—. Yo he visto una paloma blanca seguirle al aprisco y después al pajar para velar su sueño.

—¡ Bah, bah ! Eso son cuentos—advirtieron algunos—. Ya no hay hadas.

—¿ Cómo que no hay hadas ?—saltó el vie-



Tus paños me volverán joven y seré tan hermosa como la Infanta

jo guardián de la jauría del rey—. Yo las he visto en el bosque bailar una pavana una noche de luna llena. Duermen de día en las copas de los pinos y entre las zarzamoras y de noche cantan, bailan y tocan el caramillo. Pero para verlas bien hay que ir al bosque nueve sábados seguidos y contar cuántas veces late la luz de una estrella.

Se quedaron todos un momento silenciosos y distraídos, pensando sin duda en las hadas, y Gazul aprovechó esta circunstancia para salirse al huerto con la dueña. Ya libre de las miradas curiosas de los criados, la mujer se levantó el velo y dijo a Gazul:

—Pastorcico, no te vavas, que a la infantina se le pasó ya el berrinche y está dispuesta a perdonarte. Si te quedas y le vendes tus paños, podrás casarte conmigo.

—¿Y para qué quiero yo casarme contigo, vieja lechuza?—protestó el pastor.

—Tus paños me volverán joven y seré tan hermosa como la infantina.

—Pero siempre tendrías maneras de bruja. No se han hecho mis telas para cuerpo de dueña, ni he de casarme yo con una criada, pues antes prefiero una pastora. Anda con Dios

y déjame en paz, buena mujer. Tengo sueño y el pajar me espera. Yo madrugo con el alba. ¡ Buenas noches !

Apenas había dado Gazul algunos pasos, cuando la dueña le retuvo por un brazo, insistiendo en sus pretensiones.

—Tengo ahorradas noventa y tres monedas de oro—dijo—, y serán tuyas si me quieres. El rey me regalará un castillo, que sería también tuyo. Además, prometo comprarte un caballo alazán con el producto de mis cabellos, que fui cortando y guardando durante medio siglo. Quiéreme, pastor, cástate conmigo y hazme joven con tus lienzos milagrosos. Procuraré hacerte el más feliz de los maridos.

Gazul soltó una tan sonora y alegre carcajada, que parecía que estaban tocando a gloria las campanas de la iglesia. Como que se despertaron asustados los pajarillos, y con sus píos débiles y quejumbrosos dieron a entender a la pareja que su presencia allí no era de su agrado.

—¡ Vaya, por Dios !—dijo Gazul, cesando de reír—. Es fuerte cosa la que me propones, abuelita. ¡ No puede ser ! Pero vete tranquila, que si la infantina se queda al fin con mis pa-

ños, no te faltará a ti una saya, que hay tela de sobra.

Con estas palabras del pastor, quedóse la dueña más sosegada y se despidió de Gazul cariñosamente, suplicándole que no dejara de apacentar su rebaño al pie de las ventanas de la infantina. Se cubrió con su velo y echó a andar hacia palacio con paso menudito de paloma. Le quedaba a la pobre una esperanza : convencer a la princesa.

A todo esto el rey andaba malhumorado y triste porque la heredera de la corona ni había cambiado de carácter ni hallaba hombre a su gusto. Ya no se hacían fiestas en París ; ya se habían marchado los príncipes, perdidas sus ilusiones y gastados sus caudales en regalos para la infantina, que ni los agradecía ni llevaba trazas de corresponderlos dulcificando un poco su conducta. Algunos soberanos, disgustados por los continuos desaires de que hiciera objeto a sus respectivos hijos la intratable princesa, enviaron al rey de Francia largos mensajes demostrándole su enojo con amenazas de guerra ; de suerte que el padre rey no las tenía todas consigo, temiendo complicaciones internacionales que hicieran vacilar su

trono. Además, el pueblo murmuraba: se cantaban coplas poco favorables a la infanta y el rey tenía de castigar a los atrevidos copleros o juglares que así faltaban al respeto que debían a la real familia. Veinticinco fueron decapitados por incurrir en esta irreverencia y otros cincuenta pagaban el desacato en la cárcel, cargados de cadenas.

Mucho le pesaba al rey tener que extremar su rigor, pero lo exigían así el buen gobierno del país y la necesidad de hacer un escarmiento en previsión de mayores males, como lo hubiese sido que el pueblo se insolentara con su soberano. Sin embargo, quiso éste reprender a su hija, la amenazó con encerrarla en un convento si no se avenía a razones y procuraba captarse las simpatías del pueblo y de la corte. Fué inútil porfía, porque Giralдина no se dió por enterada, y como el rey adoraba a la princesa, como la quería entrañablemente, no la encerró en un convento y permitió que viviera apartada de todos los cortesanos, sin otra compañía que la de sus dueñas y servidores, haciendo siempre su santísima voluntad.

Estaban así las cosas cuando la dueña pre-

ferida de la infantina, haciendo lo que podríamos llamar su negocio, pedía a la hija del rey favor para el pastorcico que se atrevió a contrariarla.

—Señora, no dejéis perder la fortuna—decíale, mientras le calzaba sus chapines de raso bordados de perlas—. Si el pastor se nos va, no volveremos a verle nunca. Y aquellos lienzos que teje, no lo olvidéis, Señora, a las viejas vuelve jóvenes y a las jóvenes les da una eterna hermosura. Si os hicierais un brial de aquella tela encantada y con ella compusierais vuestro atavío, no habría en los rosales de Francia rosa más lozana y bella que vos, sin contar que habríais de conservaros joven y encantadora por los siglos de los siglos. A mí podríais darme una saya, que me volvería niña, permitiéndome tomar parte en nuestras fiestas y danzar como la más moza. Por Dios, Señora, perdonad al pastor, pues él tiene vuestra felicidad y la mía en sus manos.

No necesitó la dueña insistir mucho para convencer a Giralдина, predispuesta como estaba a la benevolencia por deseo, por ansia de obtener la magnífica estofa que tenía el pastor y que tenía la virtud de hacer imperece-

dera la belleza de las damas. Giralдина era vanidosa y deseaba también que ninguna otra mujer la ganase a ser bonita. Por otra parte, la eterna juventud es una cosa tan codiciable que no habría en el mundo quien no cediera todas las riquezas a cambio de ese don sobrenatural de la lozanía inmarcesible.

Convino la princesa con su dueña en que al día siguiente irían a ver al pastor y tratarían de convencerle, ofreciéndole nuevos tesoros. Ellas no contaban con la testarudez de Gazul, quien se había acostado aquella noche muy contento y repitiendo la máxima que aprendiera un día viendo un galanteo de gallinero :

«—Como el gallo a la gallina
fué a vencer
el hombre vence y domina
la mujer».

VII

EL VENENO DE LAS HADAS

PASTORCICO, no seas malo ; véndeme tus paños y tu telar ; mira que te lo suplica la hija del rey y que el rey tiene poder para castigar tu descortesía y orgullo, que al fin no eres más que un pastor y a nadie tienes que te defienda. Por bien poco podrías ser uno de los hombres más ricos del reino, pues yo te daría todas mis joyas a cambio de esa tela que tú tejes. Tengo un cofre de oro que pesa dos arrobas y está lleno de perlas y rubíes ; tengo brillantes grandes como nueces que son los más blancos y deslumbrantes que se han visto en Francia ; tengo amatistas, corales, turquesas, y te lo ofrezco todo por tu telar y tu estofa.

Así le hablaba la infantina a Gazul, con voz muy dulce, cuando a la mañana siguiente vino el pastor a apacentar su rebaño al pie de las ventanas de su alteza real. Mostrábase Giralдина muy mimosa, como aquella vez que invitó al príncipe a comer con ella en sus habitaciones de palacio. Pero escarmentado Ga-

zul, no se fió de sus mimos y arumacos y se mantuvo terco, pidiendo por sus telas otra cosa muy distinta, que no quería dar la princesa.

—Un abrazo, Señora ; dadme un abrazo. No pido mucho, porque habéis de saber que estoy enamorado de vos y que no como ni duermo de tanto pensar en mi querida infantina de Francia. Dadme un abrazo, que no será más que una limosna a quien se muere por haberos visto tan bella.

Intervino la dueña, viendo el gesto de disgusto que ponía Giralдина, a quien habló de esta suerte :

—Dadle lo que pide al pastorcillo, si es que se muere de mal de amores. Dicen que es una terrible enfermedad de la que no se cura. Un abrazo, para salvar una vida y obtener unos paños que hacen eterna la propia, bien puede darse. No vale tanto un abrazo ; yo daría cien mil por mucho menos.

Giralдина todavía estuvo vacilando un buen rato antes de decidirse. Al fin, cediendo a nuevas súplicas del pastor y a reiterados consejos de la dueña, bajó los ojos, demostrando

resignación, y dijo que sí, que aceptaba las condiciones, que abrazaría al enamorado.

—Entiende bien, pastorcico—añadió, hipócritamente—, que no era por desdén, sino por rubor que no accedía a tu demanda. Anda, pues: abrázame y dame luego lo que me tienes prometido. Yo te corresponderé de buen grado.

El pícaro Gazul no se apresuró ni dió un solo paso hacia la princesa, que le esperaba sonriente y con los brazos abiertos. Se estuvo quedo y se rascó detrás de la oreja, como si le quedara algo por decir.

—¿Qué te pasa?—preguntó Giralдина—. ¿Ya no quieres abrazarme? De buena voluntad te ofrezco mis brazos; no vaciles.

—Callad, niña, callad—dijo el pastor—, que estoy pensando que un abrazo no puede ser completo sin un beso. Quiero que me déis un beso, o retiro mi palabra. Mis paños valen muchísimo y sólo pueden pagarse con un beso de vuestros labios sobre mi frente.

La infantina casi se echó a llorar. Lo que le pedían no podía darlo y otra vez se desvanecía su esperanza de alcanzar la tela encantada.

—¡Ah, cruel pastor!—suspiró—. Me pi-

des cosas imposibles, pues aunque yo quisiera darte el beso, estos labios míos no han besado a nadie y sólo podrán besar al que Dios me destine por esposo. Observa que me estoy muriendo de vergüenza.

En efecto, sus mejillas se fueron arrebolando hasta ponerse como la grana. Ya no se atrevía a levantar la vista del suelo y le rodaban las lágrimas por la cara como perlas.

—¡Ay, la infantina, mi querida infantina, más hermosa que el sol y la luna!—dijo la dueña, acariciándola—. No lloréis, reina mía, que un beso no es pecado, y por una tela de tanto valor yo daría mil besos. Consolaos; dadle un besito al pastor con mucha cautela, y no habrá en ello mancilla, porque yo prometo rezar trescientas avemarías para aliviaros a vos de la falta, si la hubiere.

—¡No puedo! ¡No puedo!—repetía desesperada la princesa—. Un beso no... ¡nunca!... ¡nunca!

—Pues me quedo con los paños y el telar—declaró Gazul—. Mujeres muy hermosas los codician y a ninguna los cedí por guardarlos para vos, que me enamorasteis con vuestros ojos del color del cielo. Más que besos me

ofrecían muchas marquesitas y condesitas, muchas dueñas y doncellas, y hasta una reina vino a suplicarme este tesoro. No permitáis que otra se lo lleve, que al fin, si no me besáis, es porque soy un pobre pastor, y antes hay pecado en vuestro orgullo que en el beso que os pido y que daríais tal vez si yo fuera un príncipe.

La pobre Giraldina no sabía qué hacer, vacilando entre sus rubores y deseos, temerosa de que otra se llevara los paños encantados y al mismo tiempo avergonzada de su crítica situación. Se acercaba al pastor como si fuera a besarle y retrocedía en seguida, más ruborosa, encendidas las mejillas, entornados los párpados o tapándose la cara con las manos. La dueña la empujaba suavemente por la espalda hacia Gazul, y le daba ánimo, hablándole con mucho mimo; pero ella se resistía y lloraba.

Por fin, venciendo sus rubores, corrió la infantina hacia el pastor, le abrazó y le besó en la frente. En seguida se desprendió de los brazos que la retenían prisionera y echó a correr, olvidada del telar y la estofa causantes de todas sus congojas.

Pero ya estaba herida. Las hadas habían puesto un veneno en la frente de Gazul, un jugo extraído de misteriosas plantas, y Giralдина sintió que se le quemaban los labios cuando los puso en la frente del pastorcico. Por esto echó a correr, sintiéndose enferma y profundamente conmovida, víctima seguramente de algún encantamiento, y con el corazón palpitante llegó al palacio. Temblaba de emoción y de miedo y no sabía por qué.

La dueña se había ido tras Giralдина, cargando con el paño y el telar, mientras Gazul, habiendo visto el efecto del beso, daba gracias a la paloma blanca, su hada protectora, por el bien que le hacía, y seguro de su victoria, se puso a cantar muy contento :

«—Ya me besó la doncella.
¡ Por mi fe,
que he de casarme con ella !»

VIII

LA INFANTINA VENCIDA

CON el alba se levantó aquel día la infantina. Había pasado muy mala noche y le pareció que la pálida luz del amanecer y el canto de los ruiñesores aliviaban un poco su mal y su delirio. Toda la noche sin dormir, revolviéndose entre las sedas de su lecho, la pobre infantina sentíase por momentos más enferma. No quiso decir nada a su dueña, que dormía a los pies de la cama, en un diván, y roncaba con tanto ruido, que parecía el fuelle de un herrero. Para entretener su insomnio, Giralquina ponía atención en los ronquidos de la vieja, que a veces eran como el toque de diana dado por la guardia de palacio, y a veces semejaba un canto funeral, al *Kyrie-Eleison* de los entierros.

Pero la princesa acababa por impacientarse, y olvidando aquella música monótona, daba nuevas vueltas en la cama y pedía a Dios que amaneciera el día para librarse de la fiebre y de los tristes pensamientos.

Amaneció, al fin, y entró por la ventana la luz de la aurora. Entonces Giralдина saltó del lecho, vistióse una bata muy sencilla, y sin calzarse sus chapines, con los pies desnudos, corrió al balcón, abriéndolo de par en par. Era una mañana de mayo, fresquita y risueña. En el cielo había un poco de luz dorada, un anuncio de sol, y del jardín subía un olor penetrante de humedad y de claveles. El airecillo matutino arrancaba de las hojas de los árboles un rumor casi musical; era como si una gran orquesta acompañara el canto de las alondras.

La princesa no miró que tenía desatados sus cabellos ni sintió el frío del mármol en los pies desnudos. No pensaba más que en el pastor y le vió a poca distancia de sus balcones, tendido sobre el césped, entreteniéndose en un juego nunca visto y por demás curioso. Tenía una gallinica de oro que cacareaba alegremente, una gallinica que ponía perlas en vez de huevos, de donde fueron saliendo pollicos doraditos que corrían a esconderse entre los macizos floridos.

A Giralдина le entraron unos deseos rabiosos de poseer aquella extraña gallinica, como



...bajó corriendo al jardín y se fué al encuentro de Gazul...

antes había deseado tener el paño y el telar encantados. Sólo que del telar y del paño ya no se acordaba, y menos ahora, interesada por aquel nuevo juguete del pastor.

Tal como estaba, sin vestirse, sin calzarse, bajó corriendo al jardín y se fué al encuentro de Gazul, trotando por el praderal.

—Buenos días, pastorcico madrugador ¿Qué haces aquí tan de mañana?

—Buenos días, princesa ; ya podéis verlo : juego con esa gallinica de oro.

—Si quieres vendérmela te la compro. Por un beso me vendiste el telar encantado y sus ricas telas. ¿Cuántos besos quieres por tu gallinica?

—¡ Ay, mi querida infantina, que esta gallinica de oro tiene mucho precio ! Ya no bastan los besos a pagarla.

—¿ Ni los míos ?

—Mucho valor tienen los besos de la infantina de Francia ; pero yo no quiero vender mi gallinica de oro.

—¿ No la venderías por nada ?

—Sí ; por una cosa la vendería.

—Díla.

—Es mucho.

—¿Más que un beso?

—Sí; mucho más que un beso.

Giraldina estaba temblando de emoción y de frío; pues, sin que lo notara, la humedad del césped le penetraba por los pies desnudos, entumeciéndole los huesos. Procuró ocultar su inquietud y dijo al pastor con la más encantadora de sus sonrisas.

—Pídeme lo que quieras, que te juro por la vida del rey mi padre te haré merced de cuanto me demandases, aunque fuera la mitad de mi vida.

—No quiero tu vida, mi amada infantina —dijo el pastor—. Tu vida que la guarde el cielo para bien mío. Lo que yo quiero es casarme contigo.

El temblor de la princesa se hizo más notable. La pobre tan pronto se ponía pálida como se encendía en vivos rubores.

—¡Calla! ¡Calla! ¡No digas eso! —exclamó—. ¡Casarme con un pastor! Si lo oyera el rey mandaría que te ahorcaran.

—¿Y qué me importa a mí la muerte si antes me caso contigo? Podemos casarnos en secreto. Esta tarde, al ponerse el sol, iré a buscar un sacerdote que vive solitario en la mon-

taña. Vendrá conmigo y nos casará esta misma noche. Nadie ha de enterarse, y si se enteran y mandara el rey que me llevasen a la horca, yo moriría feliz de haber sido tu esposo.

La infantina no supo ocultar por más tiempo lo que sentía en el fondo de su corazón y se declaró vencida.

—Pues bien, sí, te quiero — dijo—. Te quiero no por tu telar, ni por tu estofa maravillosa, ni por tu gallinica de oro ni por cuantos dones pudieras hacerme, valido de tu amistad con las hadas. Te quiero porque Dios lo ha querido. Ven a media noche con el cura que ha de casarnos, y cuando cante el gallo, llama a la puerta de mi aposento. La dueña os guiará hasta la capilla de palacio y allí nos casaremos.

—¡Oh, mi dulce infantina!—exclamó Gazul, queriendo abrazarla.

Ella le contuvo, poniéndole las manos en el pecho, y añadió:

—Procura que nadie pueda veros. El rey considera que soy su mayor tesoro y tiene montada una guardia para vigilarme. La mano que te concedo a ti se la negué a los prín-

cipes más ricos de la tierra, y al más hermoso y valiente, que es el príncipe de Hungría, le desprecié por un granito de arroz que se pegó a su barba mientras estaba comiendo conmigo. Mira si será grande mi cariño que todo lo olvido y todo lo arriesgo por un pastor. Tú me has vencido ; tú eres el dueño de mi corazón.

No bien hubo dicho estas palabras Giralдина cuando vieron que se acercaba la dueña con paso cauteloso. La princesa se despidió del pastor y fué al encuentro de la criada, para referirle sus amores y el proyectado casamiento. Gazul, que se volvió a mirar sus ovejas, asombróse de ver al rebaño convertido en gentiles y rubias doncellas, todas vestidas de blanco, que le arrojaban flores y entonaban un himno de Hungría, un canto nupcial donde se hacen augurios por la felicidad de los príncipes que se casan.

El canto era tan dulce, que el pastor sintióse embargado por una suavísima emoción ; tumbóse en la hierba y se quedó dormido. Cuando despertó el sol estaba ya muy alto, habían desaparecido las doncellas cantoras y las ovejas pasturaban tranquilamente a la

sombra de los castaños, buscando el césped más fresco y apetitoso. En el pensamiento de Gazul sonaba una dulcísima voz de timbre argentino que se parecía mucho a la voz de la princesa y decía :

«—Vencida soy pastorcico,
cautiva a tu amor me tienes,
más por haberte besado
que por dones que me hicieres».

IX

LA DONCELLA DEL LAGO

EL hada protectora de Gazul cuidó de que los acontecimientos se produjeran a gusto del pastor. Este encontró un sacerdote dispuesto a casarle secretamente con la princesa, y el matrimonio tan esperado, por el que suspiraba el pueblo de Francia y sufría el rey en silencio, se verificó aquella noche en la capilla de palacio, cuando toda la corte dormía y nadie podía sospechar tal ventura. Porque al fin nosotros sabemos que Gazul era un príncipe, aunque la infantina le creyera un pastor, y era precisamente aquel príncipe de Hungría que por distinguirse entre todos, por ser el más apuesto, el más cabal y valiente, se ganó las simpatías de la corte y del pueblo, si bien la orgullosa doncella despreció sus galanteos y su leal cariño.

Aquella noche Gazul, valiéndose de la magia de su anillo encantado, consiguió un rico traje y se engalanó como correspondía a un

noble caballero, para asistir a una ceremonia de tanta solemnidad como era la de su boda. Quería agradar a Giralдина.

Fué a buscar al sacerdote, que vivía solitario en una ermita de la montaña, y a media noche, cuando cantaba el gallo, llamó Gazul a la puerta de las habitaciones de la princesa. En el jardín el silencio era absoluto ; ni siquiera susurraban los árboles, porque se había detenido el aire... ¡ quién sabe si para que se sintieran mejor los suspiros que, en el balcón, dejaba escapar la infantina del fondo de su pecho !

Abrió la puerta la dueña y caminando de puntillas los tres—el pastor, la dueña y el sacerdote, que era un viejo ermitaño de luenga barba blanca—se encaminaron hacia la capilla. Giralдина ya estaba allí, porque había visto llegar a Gazul, desde su ventana, y corrió a esperarle al pie del altar. Estaba allí de rodillas, rezándole a Nuestro Señor, y vestía una túnica blanca de larga cola. Sus dos trenzas de oro le caían por la espalda hasta tocar al suelo y ceñía sus sienes una corona de azahares. Al pastor le parecía más hermosa que nunca, tan blanca, tan rubia y bañada por la

luz vacilante de los cirios ; la comparó a su palomica de la buena suerte.

Cuando Giraldina terminó su oración, persignóse, se levantó y dijo a Gazul :

—¡ Amor de mis amores, cuánto has tardado !

—No fué culpa mía, Señora ; tú misma me dijiste que viniéramos a media noche—contestó el pastor.

—Dime, ¿ quién te dió esas galas, pues vienes vestido como un rey ?

—El deseo mío de agradarte ; amor todo lo puede y alcanza.

—Hermoso como nunca me pareces.

—Amor me volvió hermoso para que tú me quisieras. Yo no he cambiado ; son tus ojos, que ya me miran con cariño.

—Hablas como un cortesano y no como un pastorcico.

—Es que el amor me enseñó todo lo que antes de conocerte ignoraba.

Intervino el sacerdote en la conversación de los enamorados, diciéndoles :

—Hijos míos, vuestro amor me ha conmovido y Dios me perdone si hago mal en casa-ros. Venid aquí, acercaos al altar, arrodillaos

ante el Señor clavado en la cruz y juradle ser buenos, para que os conceda la felicidad en esta vida y la gloria en la otra.

El fraile sabía muy bien que Gazul era príncipe de Hungría, y por esto accedió a casarle con la infantina de Francia. De otra manera, por temor a la cólera del rey jamás se hubiese atrevido.

La ceremonia fué muy breve; la dueña comentaba a su manera, con muchos *kyries* y *ora-pro-nobis*, las santas palabras que siguieron a la bendición de los jóvenes esposos.

Ya casados Gazul y la princesa, despidieron al fraile, acompañándole hasta el jardín, mientras la vieja se quedó en la capilla para apagar los cirios. El sacerdote sermonizó un poco a los enamorados, recomendándoles el cumplimiento de sus deberes de buenos cristianos, y se marchó después que le hubo dado Gazul unas monedas de oro para los pobres.

Se quedaron solos la infantina y el pastor, cerca de un estanque donde se reflejaban las estrellas, y sentados en un banco de piedra, comenzaron a decirse ternezas mientras salía de los árboles una música muy dulce, que pareció de violines. Entonces el aire empujó unos

rosales que tenían a su espalda los amantes esposos, deshojando las rosas y haciendo caer una lluvia de pétalos sobre la cabeza de los enamorados. Los violines misteriosos seguían sonando con dulce melodía, y se bañaban en las aguas dormidas del estanque las estrellas y la luna.

—Soy el más feliz de los pastores—decía Gazul, besando a la princesa en sus cabellos de oro—; pues tengo la ovejita más linda que Dios ha criado.

—Sólo deseo ser hermosa para agradarte, pastor mío — suspró Giralдина—; llévame contigo a la montaña y cuidaré también de tu rebaño.

—¿Me quieres?

—Más que a todos los tesoros del mundo.
¿Y tú a mí?

—Mucho más que un rey quiere su trono y su corona.

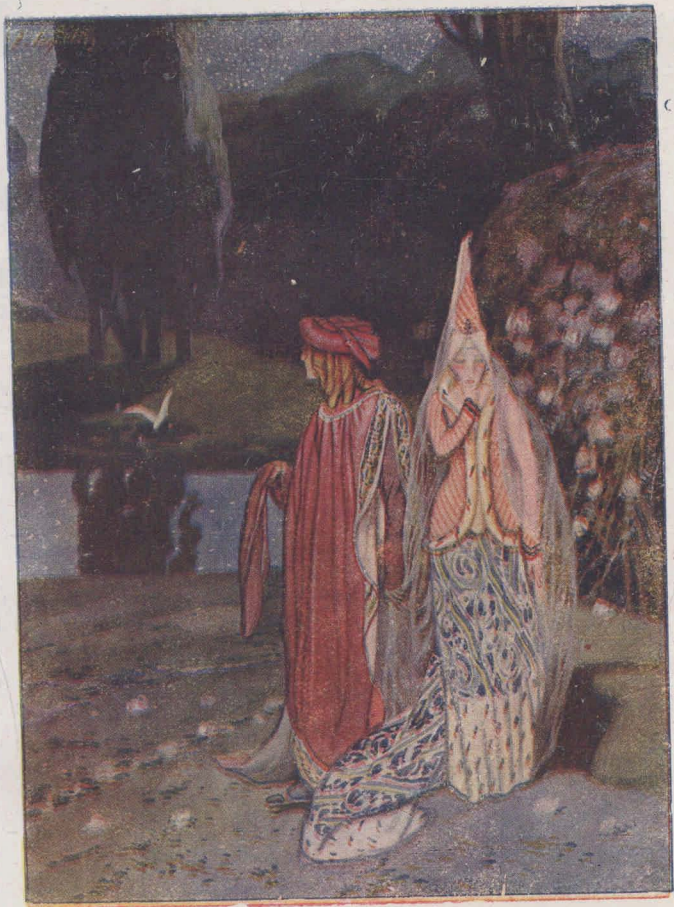
En esto apareció la palomita blanca de la buena suerte de Gazul. Revoloteó por unos momentos sobre el estanque, y cuando con su revoloteo hubo llamado la atención de los dos jóvenes, dejóse caer en el agua, de donde surgió una hermosa doncella toda vestida de

flores. Señaló con un dedo a Giralдина y le dijo estas palabras :

—Infantina de Francia, la más orgullosa y soberbia de las princesas. Un pastor te ha vencido y su esposa eres ante el altar de Dios. El Señor te dará un hijo, que vendrá cuando vengán las nieves del invierno, y ese hijo tuyo no podrás enseñarlo ni al rey ni a nadie de la corte ; pues todos ignoran que estés casada, y sería para ti una gran vergüenza y una dolorosa humillación confesar tu matrimonio secreto. Sufrirás por esta causa y por haberte casado con un villano, después que despreciaste a todos los príncipes del mundo. Adiós, hermosa infantina de Francia, y que el cielo te proteja.

Se hundió la doncella en el estanque, y surgió otra vez, a flor de agua, la paloma, que al batir sus alas para emprender el vuelo, pareció sacudirse dos estrellas enredadas entre sus plumas. Se elevó rápidamente y fué a perderse, volando, en lo profundo de la noche.

La pobre Giralдина se había quedado consternada. Toda temblorosa, comprendiendo que la acechaba un negro porvenir, miró a Gazul, a quien, por estar en antecedentes, no había sorprendido tanto aquella escena. Trató de



La pobre Giralдина se había quedado consternada.

tranquilizar a su asustada princesa con protestas de cariño ; pero Giralдина, cuyo corazón asaltaron terribles presentimientos, echóse a llorar presa de una profunda congoja.

—No temas nada, mi dulce compañera—decía Gazul, abrazándola—, que yo te defenderé contra todos. No temas, que soy tu esposo y tengo la protección de las hadas. Nos hemos casado para ser felices y lo seremos pase lo que pase.

Pero el pastor no hablaba con sinceridad ; había vencido a la orgullosa infantina, pero no se consideraba lo suficiente vengado. El castigo había de ser más duro aún, para que fuese también más verdadero el cambio de carácter de Giralдина. Así es que, mientras prodigaba palabras cariñosas a la desconsolada esposa, una voz interior, el deseo no extinguido de venganza, parecía cantar esta nueva copla allá en lo profundo del pensamiento :

«—Ya con la altiva doncella
me casé ;
para más vengarme de ella
¿cómo haré?». »

UN INFANTIN Y TRES FUGITIVOS

AUNQUE la doncella del lago sólo se había dejado ver de la infantina y Gazul, y nadie más oyó sus palabras, es el caso que en palacio se murmuraba sobre ciertos amores misteriosos de la princesa y se decía que por Navidad nacería un infantín, traído por las hadas más pobres de aquellos contornos en una ruín canastilla de juncos y hojas de col. Hasta el rey no llegaban estos rumores, pero Giralдина los sabía, y la pobre lloraba sin tregua y sin consuelo.

¿Cómo fué que los cortesanos pudieron sospechar el secreto de la princesa? ¿Quién les había dicho lo que anunció la palomica blanca convertida en doncella? Probablemente nadie las dijo nada; pero la gente de corte era maliciosa, murmuradora y mal pensada, y bastó que vieran a la infantina muy triste, muy pálida y muy retraída, sin deseos de tomar parte en fiestas y saraos, para que los cortesanos se dieran a pensar que Giralдина ocul-

taba alguna pena y que esa pena era de amor.

También pudo ocurrir que alguien la viese hablando con su pastorcico en el jardín, y no se necesitó más para que se comenzara a formar el ovillo de mil juicios temerarios y atrevidas murmuraciones.

—¿Pero es que lo llevo escrito en la cara?
—se preguntaba la infantina, mirándose toda llorosa en el espejo.

Muchos meses estuvo llorando, y según palabras de su dueña, a las que no vamos a dar crédito por ser la vieja exageradilla, todos los días empapaba de lágrimas seis docenas de pañuelos.

Gazul seguía visitando a Giraldina, en el jardín del palacio; pero ya no guardaba los rebaños del rey. Había dejado el empleo dice que para probar fortuna y nunca pudo saber su joven esposa en qué ocupaba las horas del día.

—¿Dónde has estado?—le preguntaba al reunirse con él, por la noche, cerca del estanque, junto a los rosales que saludaron su amor con una lluvia de pétalos.

—Vengo del monte—decía Gazul—. Es-

tuve cazando faisanes y cabras salvajes. Mañana venderé las piezas cobradas. Estoy ganando el dinero, porque pienso dejar el oficio de pastor.

—Llévame contigo ; huyamos. Aquí no puedo vivir. Mis criadas me miran y sonríen, diciéndose unas a otras no sé qué. Seguramente murmuran de mí. Los cortesanos ya no me respetan ; me consideran culpable de un grave delito y también sonríen al verme pasar. Si el rey mi padre se entera de lo que ocurre, mandará que me maten.

Trataba Gazul de tranquilizar a la cuitada, excusándose de no llevarla consigo.

—No podrías seguirme—repetía— ; voy a través de los bosques poblados de animales feroces, salto por los peñascales y corro a través de los valles como un gamo. Me serías un estorbo. No te impacientes, que ya llegará un día en que podré poner remedio a tus penas y viviremos los dos felices.

Pero este día no llegaba nunca y Giralдина no sabía cómo ocultarse a las maliciosas miradas de la gente de palacio. Ella que fué tan soberbia se resignaba ahora a que la mirasen hasta los mismos criados socarronamente, y

corría a esconderse en sus habitaciones para llorar y pedirle a Dios ayuda en su desgracia. Veía llegar el momento terrible en que el rey se enterara de su casamiento con un pobre pastor, y entonces ¿qué haría el rey su padre? No era su miedo solamente porque la hiciera quemar viva, como a una mala mujer; temía también por su pastorcico, a quien amaba con toda el alma. Sin duda el rey haría buscar a Gazul para que le llevaran a la horca. Y se imaginaba la pobre Giralдина a su pastor conducido entre soldados, atravesando las plazas llenas de una multitud burlona y cruel, que le gritaba al verdugo:

—¡ Sujétale bien la cuerda! ¡ No le tengas piedad! ¡ Trátale como si fuera un perro! ¡ Queremos ver cómo saca dos palmos de lengua!

—Se estremecía, horrorizada, porque más quería la vida del pastor que la suya propia.

Pero pasaban los días, y las semanas y los meses, haciéndose por momentos más crítica y desesperada su situación. Ya hasta los escuderos y los pajes le faltaban al respeto, riéndose de su presencia. Se hizo del dominio público que las hadas más pobres traerían un



...la dueña abrió el balcón y vió la canastilla...

infantín envuelto en hojas de col y no se hablaba de otra cosa en calles y plazuelas. Giraldina recordaba su vida pasada, aquellos tiempos en que hizo burla del amor de los príncipes, y se decía :

—¡ Ay, si me viera el hijo del rey de Hungría ! Aquel de quién me burlé ¡ como se burlaría ahora de mis duelos y pesadumbres ! ¡ Pobre de mí, que de burladora pasé a burlada !

Llegó Navidad, y con Navidad vinieron las hadas a dejar una pobre canastilla de mimbres en el balcón de Giraldina. En la canastilla había un pequeño infante envuelto en hojas de col y aterido de frío, porque la humedad de la noche envolvía también su cuerpecito sonrosado y tierno. Nevaba copiosamente y las hadas cuidaron de dejar la canastilla en un rinconcito del balcón adonde no llegaba la nieve. El infantín, llorando desesperado, se llevaba los puños cerraditos a los ojos y agitaba al aire sus piernecitas regordetas.

Como fueran rabiosos sus vagidos, los oyeron en seguida Giraldina y la dueña ; abrió ésta el balcón y entróse con la canastilla, diciendo alborozada :

—¡ Oh, la infantina mi señora ! Aquí tenemos el esperado príncipe, más hermoso que el sol de la mañana.

Apartó algunas hojas y mostró a la princesa, levantándolo por encima de sus ojos, al rollizo bebé, que seguía dando una serenata con su llantina.

—¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío !—exclamó la joven tomándole en sus brazos y cubriéndole de besos—. ¡ Qué frío está ! ¡ Pobre angelito de mi alma !

Le abrigaron con sedas del mismo lecho de Giralдина, le arroparon cuanto pudieron y lo paseó después la princesa en sus brazos, meciéndole y cantándole una canción de cuna. Gran fortuna fué que se durmiera, pues con sus vagidos pudo haber despertado a los criados y al mismo rey., cuyo sueño se hizo ligero a medida que avanzaba en edad y en achaques.

A la noche siguiente, comprendiendo la infanta que le sería imposible ocultar por más tiempo su secreto, le dijo a Gazul que estaba dispuesta a seguirle con su hijo fuera adonde fuese y pasara lo que pasase.

—No te dejaré marchar si no nos llevas con-

tigo—añadió—. Muerta me verás caer a tus pies antes de permitir que nos abandones. Si continuáramos en palacio todo se sabría, y entonces ya no habría modo de salvarnos. Escoge entre dejar que te acompañe o verme morir.

El pastor reflexionó un momento, y viendo que Giralдина estaba decidida a todo por seguirle, le habló de esta suerte :

—Mira, amor mío, que soy villano y que toda la sangre que corre por mis venas es de villanos. Mi padre guardó puercos allá en la tierra donde nací y mi casa es una choza miserable. Nunca tuve de chico otra cuna que el santo suelo y mis amigos de la infancia fueron los cochinitos de la pira que guardaba mi padre. Hombre más pobre que yo no lo hubo en la tierra, pues he llegado a comer las sobras de los pastores y a beber el agua cenagosa de las charcas. Nadie busca mi compañía ; hombres y mujeres escapan de mi lado, porque me desprecian. Tú, en cambio, eres hija del rey y podrías, si quisieras, sentarte en un trono. Tendrías a miles los servidores ; ninguna otra mujer se vestiría más ricas galas ; un reino había de ser para ti un regalo de boda. No te empeñes en seguir mis pasos y correr mi

triste suerte sin antes recordar lo que soy y lo que he sido, lo que tomas y lo que dejas.

Estas palabras hicieron gran impresión en la princesa, que nunca se había puesto a reflexionar sobre el origen ruin y miserable de su pastor. Sin embargo, aunque deplorara mucho el cambio de fortuna al que debía someterse por unir su destino al de un villano, no se desdijo de sus protestas y repitió que seguiría a Gazul a pesar de todo.

—Soy tu esposa y debo ir contigo. Llévame adonde quieras, porque tú mandas en mi corazón y puedes disponer de mi vida.

No tuvo más remedio Gazul que aceptar, y aquella misma noche abandonó la infantina el palacio, llevando en sus brazos al hijo que le regalaron las hadas. Al salir al campo, por la puerta del jardín, sintió Giraldina como si se rompiera su vida, de tanto como le pesaba abandonar su rango de princesa, sus dueñas y sus paies, sus vestidos y sus joyas, y dijo suspirando:

«—¡ Ay, hijo del rey de Hungría, qué burla hicieras de mí, si vieses tan humillada la que te quiso escarnir !».

XI

LOS POBRES CAMINANTES

MUCHO anduvieron los fugitivos, atravesando bosques, vadeando ríos, subiendo y bajando por las montañas, y el cansancio comenzaba a vencerlos, sobre todo a Giralдина, que por ser mujer y no estar acostumbrada a semejantes fatigas, pronto se sintió desmayar y con frecuencia sentábase en un pedrusco o se tendía en el suelo para reposar un poco y emprender de nuevo la marcha apenas se sentía algo repuesta.

De noche se cobijaban en alguna choza abandonada, o en el fondo de una cueva o simplemente debajo de los árboles, aceptando con resignación el refugio bueno o malo que les deparaba la fortuna. Y cuando apuntaba el día, otra vez se ponían en camino, ansiosos de atravesar pronto la frontera para ponerse a salvo de los soldados que enviara el rey con la misión de detenerles y retornarles a París, donde les esperaba seguramente un ejemplar castigo.

Tenían sobrados motivos para creerse perseguidos ; así es que caminaban buscando siempre el atajo, entre bosques y despeñaderos, de modo que nadie les viera y no pudiese algún indiscreto informar a sus perseguidores.

Gazul iba delante, procurando orientarse y para evitar la sorpresa de un asalto, ya fuera de un hombre o de una fiera. Armado de un garrote que él mismo cortara de una encina, un garrote grueso, nudoso y terminado a modo de mazo, que reforzó el pastor con muchos clavos de herradura, si le salía al encuentro un animal dañino se defendía bravamente y con sólo dos o tres mazazos muy certeros lograba librarse del enemigo. Algunos lobos hubo de matar, destrozándoles la cabeza con su cachiporra, y también mató serpientes enormes y otras alimañas muy temibles.

De noche encendían fuego, si se hallaban en medio del bosque ; pues las fieras le tienen horror al fuego y no se acercan, de suerte que Gazul y Giralдина. con este ardid que alejaba el peligro, podían dormirse confiadamente.

Comían lo que cazaba Gazul, que era muy hábil en el manejo de la honda, como buen pastor,, y donde ponía el ojo ponía la piedra.



No me mires así, mi señor y dueño, que si lloro la muerte
del príncipe...

Buenos faisanes y perdices no les faltaron, pero tuvieron que comerlas sin pan y sin sal, con gran desgana de la infantina, acostumbrada a los manjares exquisitos y ricas golosinas que para ella preparaban los cocineros del rey. Ese comer la carne mal asada, el no tener agua siempre que sentían sed y aquel continuo caminar saltando riscos o abriéndose paso entre la maleza, agotaban las fuerzas de Giralдина, que comenzó a enflaquecer y a ponerse pálida y a echar sangre por los pies heridos, hasta que un día, ya lejos de Francia, desfalleció y no pudo seguir andando. La pobre había llevado siempre en brazos a su hijo, que alimentaba con leche de sus pechos; la fatiga y la debilidad la rindieron y se dejó caer sobre la hierba.

—¿Qué te pasa, infantita mía, que no me sigues?— preguntó Gazul.

—No puedo más, esposo amado—suspiró la infeliz—. Me siento enferma; mis pies sangran y me parece que todo da vueltas a mi alrededor. ¡Ay, Dios mío, voy a morirme!

Apiadado Gazul, la levantó del suelo, y ofreciéndole su brazo, le dijo:

—Anímate, que veo muy cerca la cabaña de un pastor, y allí podrás descansar y repornerte. Dios nos protegerá. Vamos.

El chiquillo lloraba desafortadamente. Le tomó Giralдина otra vez en sus brazos y con gran esfuerzo se puso de nuevo en marcha, apoyada en el hombro de su esposo, quien la sostuvo por la cintura, y así, juntos los tres, siguieron andando.

Parecían mendigos, vestido de pieles el pastor, hecho jirones el traje de Giralдина y envuelto el infante en sus pobres pañales destrozados. Llevaban muchos días de camino y habían seguido su marcha bajo la nieve, azotados por furiosos vendabales, privados del pan y del agua, sucios los cuerpos de barro, arañados los pies por los abrojos.

Llegaron a la cabaña que había visto Gazul y llamaron a la puerta.

—¡A la paz de Dios! ¿Queréis darles amparo a unos pobres caminantes?

Un viejo pastor les acogió con mucho cariño, brindándoles hospitalidad:

—¡Bien venidos sean los romericos!—di-

jo—. Entrad y partiré con vosotros mi pan y mi vino.

Entraron. La cabaña era muy pobre, pero el viejo pastor trajo unas brazadas de heno en el cual halló lecho blando la infantina, y al pequeñín, que lloraba de frío, le abrigaron con pieles de carnero. Buenos manjares no los había en la choza, sino un poco de pan moreno y un jarro de vino; pero dijo Gazul que él iría a la aldea más próxima a buscar mejor alimento para la enferma.

Ya estaban Giraldina acostada en su lecho humildísimo y dormidito a su lado el infante, cuando observó Gazul un gran repique de campanas y preguntó al viejo pastor el nombre del reino donde estaban.

—Esta tierra—dijo el anciano—es el reino de Hungría y esas campanas que suenan con tan alegre clamor, anuncian la boda de la princesa. El rey está ya muy viejo y ha querido casar a su hija para que herede la corona.

—Pero ¿no había también un príncipe hijo del rey?—interrogó Gazul.

—Sí lo había, pero tres años hace que abandonó el reino para correr aventuras y no ha

vuelto. Se sabe que se enamoró de una princesa desdenosa y que por su mal amor acabó sus días tristemente.

Estas palabras del viejo hicieron gran impresión en Giraldina, que no pudo ocultar su pena y se puso a llorar con mucha amargura. Gazul la miró con enojo, y aprovechando un momento en que el viejo pastor les dejó solos, la infantina, que había comprendido la mirada de reproche de su esposo, dijo con voz conmovida por los sollozos:

—No me mires así, mi señor y dueño, que si lloro la muerte del príncipe de Hungría, no es porque le amara, sino por haber sido yo la culpable de su triste fin. A ti sólo pertenece mi corazón; sólo tú supiste hacerme cautiva. Por ti abandoné a mi padre y cambié la vida regalada de palacio por esta miserable que llevamos. Pero soy dichosa porque te tengo a ti y no deseo más sino que me quieras como te quiero.

Tomó a su hijo, le llevó a sus pechos y miró a Gazul con tanta ternura, que el disfrazado y vengativo príncipe necesitó volver la cabeza para ocultar dos lágrimas que asomaron en

sus ojos. Siempre había querido a la infanti-
na, aunque se propusiera castigarla por su so-
berbia y sus desdenes; pero ahora, después
de haberla visto sufrir con resignación y man-
sedumbre todas las privaciones y todos los do-
lores, por amor al pastorcico de su alma, sen-
tíase Gazul también cautivo y tan enamorado
de su esposa que habría dado por ella hasta
la última gota de su sangre.

Por esto quiso abreviar el tormento de la
enferma, a la que dijo iba a ver la fiesta y a
buscar algo que comer. Al despedirse pregun-
tó cariñosamente:

—¿Qué quieres que te traiga? Deseo com-
placerte, pero ten en cuenta que mi bolsa está
vacía de monedas y que no debes pedirme
cosas que no estén al alcance de un pobre
como yo.

—Tráeme lo que quieras—dijo Giralдина
con gran amor y humildad—. Ya sabes que
tu gusto es el mío, pues soy esposa y esclava,
y lo que tú me dieras, porque eres mi dueño,
lo aceptaría siempre con alegría. Pero si de-
seas concederme un especial favor, tráeme

unas sopicas doradicas como aquellas que me daba mi dueña en el palacio del rey mi padre.

Prometió Gazul hacer cuanto pudiese por satisfacer aquel deseo y se fué repitiendo ;

«—Unas sopicas me pide,
unas sopicas doradas,
como aquellas que su dueña
la servía y regalaba».

XII

EN CAMINO DE SER REY

ADÓNDE fué Gazul? De los viejos papeles de esta historia deben haberse perdido algunos, pues no se dice en ellos cómo salió nuestro príncipe de la cabaña vestido de pastor y sin más compañía que su cachiporra y entró en la ciudad caballero en brioso corcel, magníficamente portado, con armas relucientes y llevando tras de sí un gran séquito de pajes muy ricamente vestidos. Se dice en los viejos papeles que Gazul, a poco de haber dejado a Giraldina, se internó en un bosque y de allí salió ya arreado como gran señor y seguido de una escolta que deslumbraba por sus galas.

Sin duda faltan algunos documentos en donde estaría explicado este cambio sorprendente. De todos modos, debemos recordar que Gazul poseía aquel anillo prodigioso que le dió la paloma blanca, y bien pudiera ser que se hubiese valido de la virtud del anillo para avisar a sus pajes y escuderos, quienes le es-

tarian esperando en el bosque para acompañarle en su entrada triunfal en la ciudad.

Lo cierto es que se presentó Gazul en la capital del reino de su padre con un nunca visto aparato de servidores y derroches, precedido de heraldos que armaban un verdadero escándalo con sus trompetas, montando el príncipe un magnífico caballo y asombrando a las gentes, que se atropellaban para verle pasar y le aclamaban como el más arrogante caballero que jamás se hubiese conocido en el país. Tenido desde luego por extranjero, no por eso dejaron de aplaudirle y vitorearle, porque a todos cautivaba su riquísimo porte y su incomparable gallardía.

La ciudad ardía en festejos. Ondeaban las banderas en lo más alto de las torres, había música y danzas en las plazas, se adornaban los miradores y ventanas con colgaduras, hormigueaba el pueblo en las calles y proseguían las campanas de los templos sus repiques de victoria. En mil partes se oía gritar:—¡ Viva el rey- ¡ Viva la princesa ! ¡ Vivan los novios ! —Y frente a los figones y tabernas, pasaban de mano en mano los jarros de vino, bebien-

do todo el mundo por la prosperidad del país y de la dinastía.

Gazul se encaminó con su tropa hacia el palenque donde se celebraban los torneos. Nadie le cerró el paso ; los mismos jueces encargados de conceder el galardón a los vencedores, ordenaron que se permitiera la entrada al extranjero, si deseaba medir sus armas con los nobles del país, y así fué que Gazul asombró al pueblo y a la corte con su arrojo, su destreza y la potencia de su brazo. Los caballeros húngaros de más fama fueron por él vencidos, y entre aclamaciones y en triunfo le llevaron al palacio del rey donde se quitó la celada y dióse a conocer a su padre, que a punto estuvo de caer redondo al suelo por la sorpresa y grandísima alegría que sintiera al recobrar un hijo que tuvo por muerto.

De este modo Gazul volvió a encontrarse entre los suyos y recobró su rango de príncipe de Hungría.

Ello dió motivo a que aumentara el regocijo de la ciudad y de todo el reino, y así se prolongaron las fiestas y hubo más repiques y serenatas. La hermana de Gazul y el infante

que con ella iba a casarse tuvieron también gran contento con el regreso del príncipe que se creyera perdido, y aunque ahora ya no pudieran heredar la corona, esto no les causó pena ninguna ; pues no eran ambiciosos y tenían muy sano el corazón.

Durante la gran comida que se dió en palacio para festejar el regreso del heredero del trono y a la que fueron invitados todos los grandes señores de la corte, Gazul refirió sus aventuras con todos sus detalles, sin ocultar que se había casado con la infantina de Francia y que la pobrecilla, creyéndole pastor, le esperaba ahora en una choza de la montaña, bien ajena de que fuera su esposo el príncipe de Hungría. Todos se mostraron asombrados de las aventuras maravillosas de Gazul, como también conmovidos por el gran amor que le demostrara la princesa Giralдина, y acordaron ir a buscarla sin pérdida de tiempo para revelar le la verdad y rendirle los honores que se le debían por ser tan alta princesa como enamorada y humilde esposa, tan fiel y amante que podría citarse como ejemplo de virtud y dechado de abnegaciones.

—No corráis tanto, que falta hacer todavía la última prueba—dijo Gazul, tomando en su mano lo que cabía en ella de arroz y envolviéndolo en una servilleta, que se guardó en el bolsillo—. Vamos allá, si es ese vuestro gusto; pero he de advertiros que os quedaréis en el bosque hasta que os avise; pues antes quiero hablar a solas con la dueña de mis pensamientos.

Dispuestos todos para la marcha y llevando las damas ricas prendas para la infantina, partiéronse en camino. El mismo rey, con todo y ser tan viejo que ya no podía montar a caballo, quiso también formar parte de la comitiva, haciéndose conducir en andas por cuatro criados. Las señoras ocuparon las grupas, cogiéndose a la cintura de los caballeros, y los pajes y rodrgiones marcharon unos a pie y otros a caballo, según fuera su condición o categoría. Todos juntos formaban una lucida cabalgata, y como era de noche, iban a la vanguardia muchos escuderos con antorchas encendidas y algunos heraldos anunciando con sus trompetas el paso del rey.

La gente del pueblo salía a las ventanas y

daba gritos de entusiasmo, por haber corrido la voz de que era el príncipe heredero del trono aquel que salió victorioso en todos los torneos. Le arrojaban flores las mujeres y le vitoreaban los hombres; los niños le tiraban besos con la punta de los dedos.

Salió la comitiva al campo y se encaminó hacia el bosque que había indicado Gazul. Allí se apearon los caballeros y ofrecieron su rodilla a las damas a modo de estribo. Gazul dijo que le esperaran. Quería regresar solo a la cabaña, y al efecto, trocó sus ricos arreos de príncipe por el pellico de pastor, aquella pobre zamarra que había llegado a serle familiar. Metió en el zurrón la servilleta donde envolviera el arroz que se guardó del banquete de palacio, y despidiéndose de sus acompañantes para regresar muy luego, se dirigió a la choza donde tenía sus amores.

Ya cerca de la puerta se puso a cantar:

«—La que por una nonada
a un noble infante insultó,
¡bien se ha visto castigada!
Con un villano casó
de quien está enamorada».

XIII

Y LA INFANTINA FUE REINA...

PARA Giralдина, que ya creía perdido a su esposo, fué un brusco despertar a la dicha oír la voz de Gazul y casi se desmayó de contenta. Aunque se sentía muy débil, levantóse de su mísero lecho, donde seguía dormidito el infantín, y ella misma abrió la puerta al amado.

—¿De dónde vienes, que tanto me has hecho esperar?—interrogó con voz dulce, sonriendo con toda el alma—. ¿Quién te retuvo a su lado, que así te olvidaste de la que más te quiere? Me tenías muy medrosa, con miedo de que te hubiese sucedido algo malo.

—Pues ya puedes ver que vuelvo con salud y con amor—dijo Gazul, acariciándola.

—¡Oh!—exclamó la infantina—. Estaba muertecita de hambre, y mal podía el niño alimentarse en mis pechos, pues ni sangre tengo ya para darle. Dime ¿me has traído las sopitas que te encargué?

—No pude hallarlas—observó Gazul—; pero traigo un poco de arroz, que no es mal alimento. Toma, amor mío, y acéptalo por la buena voluntad.

Sacó del zurrón la servilleta donde guardaba el arroz y la extendió en el suelo, pues en la cabaña no había mesa ni cosa que lo pareciese.

Giraldina, deseosa de tener contento a su pastorcico, demostró gran placer por el regalo, y sentándose en el suelo, comenzó a comerse el arroz, muy contenta y agradada. Comía con los dedos, por no tener cuchara ni tenedor; comía y hablaba, no sabiendo ocultar su dicha de verse otra vez junto al amado esposo.

—Dime, dime; ¿adónde has ido? ¿qué has hecho? ¿qué viste en la ciudad?

Gazul, sentado también en el suelo, con las piernas cruzadas al estilo de los moros, miraba comer a Giraldina y sonreía.

—He visto en la ciudad a un príncipe que estuvo en Francia—dijo—. Un príncipe muy gallardo y hermoso, a quien insultó una infantina burlona, que así pagaba el amor de

tan noble caballero. El príncipe juró vengarse, y a juzgar por lo que ha dicho, vengado está ya como lo deseara; pues la desdeñosa princecsa se casó con un villano y lleva una muy pobre y triste vida.

Así que oyó Giralдина estas palabras y recordó al príncipe de Hungría, del que se había burlado porque unos granos de arroz se pegaron a su barba; cuando consideró que ahora estaba ella comiendo arroz con los dedos y se vió pobre, rústica, desgredada, enferma, perdidas acaso para siempre su lozanía y hermosura, se echó a llorar, tapándose la cara con las manos. Y como con las manos había comido el arroz, en la cara se le quedaron pegados muchos granitos, lo cual hizo reír a Gazul y aumentó la congoja y la vergüenza de la pobre infantina.

Pero Gazul, que ya se tenía por suficiente vengado, salió de la choza, dirigióse al bosque donde le esperaban el rey y su corte y a poco volvió con la gran comitiva de infantes, duques, condes, marqueses, damas, dueñas, pajes, escuderos y soldados con antorchas encendidas.

Giraldina creyó que estaba soñando al ver llegar una tan brillante cabalgata. no sabía dar crédito a lo que veían sus ojos cuando las damas de la corte de Hungría se arrodillaron a sus pies y le ofrecieron vestidos, joyas, flores y una corona. La luz de las antorchas, al dar en la seda, las armas y piedras preciosas de todos aquellos nobles señores y engalanadas mujeres, arrancaba reflejos que la deslumbraban. Vió avanzar hacia ella un caballero de arrogante figura y gentil continente, vestido como un rey y como tal coronado, que le tomó una mano y se la besó con gran ceremonia. Giraldina retiró la mano prestamente y dijo al caballero con dignidad:

—Señor, mirad lo que hacéis y arrepentíos de vuestro atrevimiento, que yo soy esposa de un pastor y sólo aquel a quien amo tiene derecho a besar mi mano. Ni príncipes ni reyes podrían hacerme olvidar al pastorcico dueño de mi corazón.

Entonces el caballero, que no era otro que Gazul, se acercó más a Giraldina, y mirándola fijamente, pero con mucho amor, exclamó:

—Princesa y señora mía, ¿es posible que



Señor, mirad lo que hacéis y arrepentíos de vuestro atrevimiento...

no me conozcas? Soy tu pastor amante, soy el príncipe de Hungría, que se fingió villano para vengarse de tus desdenes. Ven a ser reina, que bien te mereces un trono por tu virtud y bien ganada tienes la felicidad que te espera a mi lado y en la corte.

Giraldina se desmayó ; tan grandes emociones no podía resistirlas y menos en el extremo estado de debilidad en que se hallaba. Con mucho cuidado se la trasladó a palacio, encargándose del infantín una robusta nodriza que había formado parte de la comitiva. Ya en palacio, instalada en las mejores habitaciones, como correspondía a la reina, se pusieron al servicio de Giraldina todas las damas de la corte y fué cuidada y agasajada mucho más todavía que lo fuera en la corte de Francia.

* * *

Termina aquí esta historia y sólo nos falta añadir algunos datos que siempre se reservan para el final en esta clase de narraciones.

En la capital de Hungría se celebraron extraordinarios festejos para conmemorar la coronación del príncipe Gazul y la princesa Gi-

raldina, feliz acontecimiento del que aún se guarda memoria. Los festejos duraron mucho tiempo. Se enviaron mensajeros a Francia, para notificarle al padre de Giralдина el fausto suceso, lo cual dió motivo a que se cambiaran entre los dos viejos soberanos muchos regalos y protestas de inquebrantable amistad. El rey de Francia había creído muerta a su hija, y tan grande fué su felicidad al enterarse de que Giralдина era reina de Hungría, que se sintió curado de sus achaques y vivió muchos años más, lo mismo que el padre de Gazul, cuya vida se prolongó hasta pasar del siglo.

En cuanto a los enamorados protagonistas de esta historia, fueron muy felices y tuvieron muchos hijos. Gazul hizo pintar en su escudo real una paloma blanca, en recuerdo del hada que protegió sus amores. Giralдина fué una admirable reina, amada de todos por su virtud, su dulzura y su hermoso corazón. Consagró su vida a las buenas obras y supo hacer la felicidad de su esposo, de sus hijos y de su pueblo.

